

Ibrahim Abdel Meguib

Nadie duerme en Alejandría

NADAR EN LA MÚSICA CON LOS ÁNGELES

emilio.sola@cedcs.eu

Colección: Bibliografía recomendada, Nota de lectura, Nadadores

Fecha de Publicación: 19/04/2022

Número de páginas: 7

I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

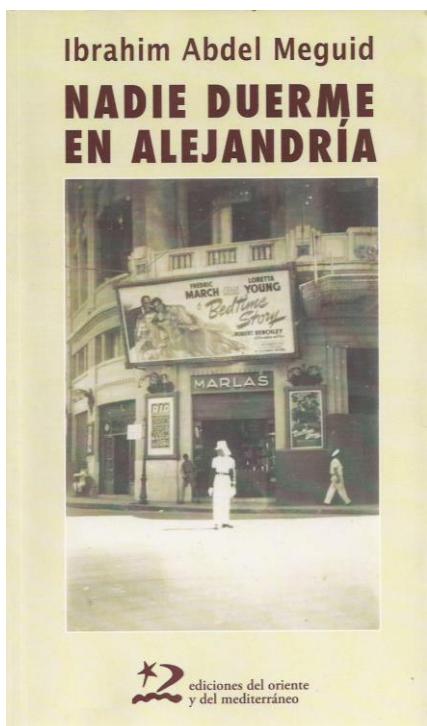


El Archivo de la Frontera es un proyecto del
**Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias
Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio
Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Ibrahim Abdel Meguib: Nadie duerme en Alejandría

Traducción del Árabe de Pablo García Suárez. Madrid, 2016. Ediciones del oriente y del mediterráneo.



—Solo Dios es capaz de sanar —respondió Magdeddín.

Ruchdi meneó la cabeza con serenidad y dijo:

—Señor, tengo que decirle que su misión es imposible.

Y a continuación rompió a llorar, con un llanto que en seguida se transformó en lamento al oír cómo su madre sollozaba fuera.

—Hijo mío, no me mates —le pidió su padre abrazándolo—. Ni a mí ni a tu madre. ¡Dinos qué te pasa!

Ruchdi se dio la vuelta y se quedó mirando al *cheij*.

—Señor, no me lo tome usted a mal, pero el Corán no me curará. No quiero resultar ofensivo; soy un buen creyente, pero mi problema es que mi fe abarca a todo el mundo y a todas las creencias. Por eso me he enamorado de una chica cristiana. Señor mío, esa es precisamente mi desgracia.

Ruchdi gimió tratando de ahogar el llanto y Magdeddín tuvo por cierto que se encontraba ante un chico de una inteligencia excepcional. El padre dio una palmotada de contrariedad mientras se oyó cómo la madre, fuera, clamaba:

—¡Que el Mal salga de esta casa! ¡Lejos con él! Hijo mío, ¿por qué te extravías? ¿De verdad que te enamoraste de una infiel?

ISBN: 978-84-943932-6-6

9 788494 393266

Colección *letras del oriente y del mediterráneo*, 37

Una novela sobre una hermosa amistad entre Magdeddín, un campesino egipcio emigrado a Alejandría a causa de una venganza familiar que hace que el alcalde de su aldea lo expulse del lugar, y Dimián, un alejandrino cristiano copto analfabeto y algo descreído, medio vecino del creyente musulmán que es Magdeddin; en un espacio temporal muy concreto, que es el tiempo de la segunda guerra mundial narrada desde la misma Alejandría y desde El Alamein, a donde a estos dos amigos los lleva su precario trabajo de ferroviarios. La acción en la ciudad cosmopolita y abigarrada, con un pasado histórico glorioso que todos más o menos conocen y de vez en cuando evocan, se centra en un edificio de viviendas de un barrio popular en el que se instala el campesino y en el que conviven varias familias dispares, musulmanas y cristianas, pero que se

llevan estupendamente y conviven, respetando cada una sus ritos y costumbres con naturalidad. Magdeddin – o *cheij* Magd, pues tiene una sólida formación coránica - y su joven esposa Zahra, embarazada cuando están a punto de llegar a Alejandría los efectos terribles de la guerra, así como su hija aún pequeña, Chaukiya, y la señora Mariam, su esposo Dimitri y sus dos hijas estudiantes Camelia e Ivonne, conforman el núcleo básico en el que en la novela se tejen y destean las tramas de esa convivencia, con toda suerte de episodios que van evocando la riqueza de aquella compleja realidad. El campesino emigrado a la ciudad y el cristiano copto capitalino – Dimitri en este caso, pero sobre todo Dimian, el amigo y compañero ferroviario de Magdeddin – se complementan armoniosamente, el uno con sus ritmos ancestrales y el otro con sus modernidades de la cultura pop internacional, como el cine, Chaplin o el mago Hudini:

Viendo que Magdeddin no había oído hablar jamás de Chaplin, Dimian le preguntó:

-¡Nunca has visto una película?
-No.
-Pues un día te llevaré a ver una suya.
(p.111).

Ese contraste cultural y de costumbres y tradiciones da lugar a nuevos descubrimientos, y hasta deslumbramientos, en la joven campesina que es Zahra, fruto de su sincera amistad con su vecina Mariam y sus hijas Camelia e Ivonne; y es en ese contexto en el que surge la imagen de la natación, en este caso a causa de la música que suena en una radio...

-Chicas, ¿y de verdad es tan bonito ir al colegio?
-Pues sí, Zahra, sobre todo el primer día, que es una fiesta en la que nos reencontramos con nuestras compañeras y nuestras profesoras, y nos contamos qué hemos hecho durante el verano. No hay nada más bonito que el primer día de colegio. Después es ya un poco peñazo.

Ambas rieron con la candidez y la dulzura propia de los pichones. Y aunque Zahra no podía dar ya marcha atrás en el tiempo, ni para asistir a la escuela ni para vivir en la ciudad desde pequeña, al menos deseó ver algún día a su Chaukiya tan contenta como aquellas dos criaturitas. Ivonne había encendido la radio para oír *La Voz de Londres*, de donde manaba una música celestial nunca antes oída por Zahra. Se trataba de una música que invitaba a volar y a nadar en el espacio en compañía de los ángeles. ¿Cómo es que nunca antes había oído una música sin letra? Además, ¿es posible encontrar bonita una música sin letra?
(p.176).

A pesar de que Alejandría es una ciudad marítima, no habrá nadadores ni nadadoras entre los personajes de la novela; a todo más, el recuerdo en el pueblo de un canal, “en mitad del pueblo, donde los patos nadaban” (p.25), pero nada más. La vitalidad de esa metáfora del Nadador parece no servir para nada ante la cruda realidad del tiempo de la novela: la segunda guerra mundial en el momento en que el enfrentamiento de Inglaterra y los aliados con los alemanes e

italianos llega al norte de África y desde Libia casi alcanza la ciudad de Alejandría, sometida a trágicos bombardeos.

Cuando los dos amigos ferroviarios, Magdeddin y Dimian, son destinados a El Alamein, en el desierto fronterizo entre Egipto y Libia, se toparán frente a frente con el país estepario o desértico y beduino, de tanta hermosura y personalidad como la misma Alejandría. Y en aquella soledad, mientras se agigantaba la figura y peligro de Rommel como un mito cercano, entre padecimientos y soledades, en una última estación de ferrocarril perdida en medio de la nada, se les descubre otro mundo fascinante tanto para el campesino Magd como para el urbanita Dimitri. El mito originario de un poblado beduino, con rasgos tan ancestrales que se nos antojan hasta pre-islámicos por su primitivismo, puede servir de contraste con el refinamiento popular alejandrino:

Pasado El Alamein y salvo Sidi Abderrahmán y Marsa Matruh,
ya no hay más lugares habitados en los que merecerá la pena detenerse.
Las dunas de El Alamein se caracterizan por un particular color blanco yesoso
que te acompaña hasta Sidi Abderrahmán, el cual era un perfecto lugar de vacaciones
que a nadie había seducido aún. Se trataba de un pueblecillo que no tenía
nada reseñable más allá de la mezquita construida por los beduinos para honrar
la memoria de Abderrahmán “el Melones”, el cual algún tiempo después
se convirtió en santo. Abderrahmán Pasha era un joven apuesto
que cierto día salió a pasear con su amigo el barbero, quien,
además de un malasombra, era feo. Aquel día se habían adentrado bastante
en el desierto. Llegado cierto momento, el barbero desenvainó un cuchillo
que ocultaba en el chaleco y le rebanó el cuello a Abderrahmán,
cuyo cuerpo dejó enterrado bajo la arena. Transcurrido un año, el barbero
volvió a pasar por el mismo paraje aunque sin reconocer el escenario de su fechoría.
Al fin y al cabo, en el desierto todas las dunas son iguales. Y allí vio una planta
que había dado un hermoso y maduro melón ante el cual no pudo resistirse.
¿Quién podría resistirse ante un melón en medio del desierto? Así que cogió el melón
y al regresar pensó en regalárselo al *cheij* más respetado de su clan, ya que aquello
le resultaría más provechoso que zampárselo él mismo. El *cheij*
celebró semejante agasajo, pero no hizo más que hincarle el cuchillo
cuando de su interior comenzó a manar sangre. El anciano levantó la vista
hacia el barbero, quien mostró su horror ante los allí presentes.
Todo se le vino a las mientes y, antes de confesar su crimen, pidió al jefe del clan
que le otorgara toda su protección. Habiéndole ofrecido el *cheij* todas sus garantías,
relató cómo había matado en aquel paraje a su amigo Abderrahmán.
Esa fue la razón por la que los beduinos construyeron un mausoleo
en memoria de Abderrahmán en el mismo lugar donde un día creció la planta
y donde enterraron el melón que creían su cabeza. El mausoleo, con el paso
del tiempo, acabó convertido en santuario, alrededor del cual creció la aldea.
(p.301-302).

En una convivencia multicultural o multireligiosa en una sociedad colonial, en la que la gente no sabe si sufre más al colonizador inglés, a la decadente y algo corrupta monarquía egipcia sometida a ese poder colonial o a los mismos alemanes que todos temen y que podrían sustituir como nuevo poder colonial al

existente, tal vez una de las grietas mayores o amenazas sea el matrimonio mixto visto tanto por coptos como por musulmanes como una tragedia individual para quienes caigan en un enamoramiento así; es lo que le sucede a una de las hijas de Dimitri, Camelia, suceso al que hace referencia el texto de la contraportada de este libro, reproducido más arriba. Ese enamoramiento no deseado por su perfil de amenaza, se le presenta incluso en el desierto a Dimian con una joven pastora beduina, que se resuelve de una manera irónica y casi jocosa, desdramatizada incluso, como se aprecia en este breve fragmento lleno de encanto y viveza:

Dimián se sintió desconcertado. ¿Cómo podía acogotar lo tanto aquella chica? Sí, aquella chica por la que el corazón se le desbocaba tanto como a un huérfano que viera reaparecer a sus padres; aquella chica a la que amaba y a la que no sabía cómo declararse.

—De dónde vienes, Brika?

—De la zona donde vivo —respondió señalando hacia el sur.

—¿Y adónde te vas cuando terminas con el ganado?

—Pues a mi zona. ¿Es que no lo ves?

—Sí, sí... —respondió imitando su manera de hablar.

Dimián se dio cuenta de lo tonta que había sido su pregunta. De hecho, no era la primera vez que la hacía.

—Oye —siguió sin abandonar el deje beduino—, ¿qué es eso de la *galasa*, de la que antes me hablaste?

Ella se echó a reír.

—¿Quieres participar en una?

—Pues no sé qué es.

—Escucha —añadió sin dejar de reírse—, es un juego. Yo te pregunto y tú me respondes; y tú me preguntas y yo te respondo.

Resignado a su suerte, no protestó.

—A ver... ¿qué es más dulce que la miel y más amargo que el alhandal?

Dimián no supo qué responder.

—Solo un niño jugando con un puñado de tierra es más dulce que la miel —afirmó señalando a su hermanito—, y solo un ataúd con un muerto es más amargo que el alhandal —concluyó señalando a uno de los soldados indios que, sonriéndola, pasaba por allí en aquel momento.

Dimián pensó que sería conveniente decir algo para seguir con el juego. Tenía que demostrar que la quería. Empezó a temblarle el cuerpo tratando de encontrar algo que preguntar.

—Vale; ahora pregunto yo: ¿Qué vence al fuego? —preguntó al fin.

Ella se echó a reír y a darse golpecitos en el pecho:

—Lo vence el agua.

—Muy bien, me has ganado.

—No, no he ganado todavía. Ahora me toca a mí. ¿Qué vence al agua?

Pensó un poco y a punto estuvo de responder: «el muro», pero en seguida se dio cuenta de que el agua puede fluir alrededor del muro o atravesarlo con el paso del tiempo. Así que caviló un rato hasta que al fin ella dijo con la misma hilaridad:

—La vence una cuesta.

Dimián, viendo que su inteligencia se salía de lo corriente, se picó y quiso vencerla de verdad. Le dio un cariñoso golpecito en el hombro y la retó:

—¿Y qué vence a la cuesta?

—La vencen los caballos —dijo en seguida riéndose—. Y a los caballos los vencen los jinetes. Y a los jinetes, las mujeres. ¿Y sabes quiénes vencen a las mujeres?

—Los hombres, ¿no?

Sin dejar de partirse de risa, le rectificó:

—No. A las mujeres las vence la muerte, Dimián.

Se puso en pie y llamó a su hermanito para que se encargara del ganado. Señaló al cielo, que empezaba a encapotarse, y Dimián comprendió que pretendía anticiparse a la lluvia.

—¿No vas a explicarme qué es eso de la *galasa*?

—Hoy, por si no lo sabes, hemos hecho *galasa* —respondió sin dejar de reírse—. Y no me has ganado. La *galasa* se hace con un propósito, y es que el joven capaz de ganarme pueda casarse conmigo.

«Hir... hir... hir...», voceó para ayudar a su hermano a mantener el rebaño a raya. Después, se marchó entre risas dejando a Dimián petrificado. Con la mirada puesta en la negrura de las nubes, cada vez más compactas, comprendió que no tenía la menor posibilidad de conquistarla. «¡Brika! ¡Noooooo!».

En medio de un ambiente lluvioso en la costa de Mareotis y el interior de Libia, las fuerzas aliadas saltaron sobre las del Eje en

El índice de la novela recoge los autores del breve fragmento con el que el novelista encabeza cada capítulo, muestra a su vez interesante del sincretismo cultural alejandrino, entro oriente y poniente, intersticio o frontera:

Advertencia

Esta novela está basada en varios libros, sobre todo en memorias de dirigentes y políticos de aquella época, además de en la prensa diaria y obras de historia y de otro cariz.

Es relevante mencionar que las frases introductorias de cada capítulo no son obra del autor, el cual, sin embargo, ha preferido no mencionar a sus autores en el texto para evitar una ruptura en la continuidad de la narración.

He aquí ahora la relación de los autores de tales fragmentos por orden de aparición:

1 De la literatura faraónica	II
2 Al-Niffari	16
3 Yalal ad-Din Rumi	27
4 Paul Éluard	38
5 Lawrence Durrell	47
6 Yalal ad-Din Rumi	61
7 Popular	77
8 Invocación copta	87
9 Lawrence Durrell	106
10 Invocación copta	127
11 Paul Éluard	144
12 Al-Niffari	158
13 Yalal ad-Din Rumi	171
14 Yalal ad-Din Rumi	183
15 Constantín Cavafis	198
16 Federico García Lorca	218
17 De la literatura babilónica	234
18 Al-Hallach	245

443

19 Suhrawardi	256
20 Constantín Cavafis	275
21 Rabindranath Tagore	296
22 Yalal ad-Din Rumi	311
23 Rabindranath Tagore	324
24 Invocación cristiana	335
25 Rabindranath Tagore	356
26 Constantín Cavafis	373
27 Popular	398
28 Rabindranath Tagore	415
29 Al-Niffari	432

Finalmente, la noticia del autor, Ibrahim Abdel Meguid, y del traductor del árabe al español, Pablo García Suárez, que trabaja en el marco de la Escuela de Traductores de Toledo, de la Universidad de Castilla-La Mancha, que realiza esa meritoria labor de difusión de piezas literarias por muchas razones de difícil acceso, como la veterana editorial que publica el libro, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo.



IBRAHIM ABDEL MEGUID nació en Alejandría en 1946. Ha ejercido su carrera profesional en el ámbito de la cultura: redactor en jefe de la serie Nuevas Escrituras y director del proyecto Atlas del Folclore. Entre sus numerosas novelas y cuentos, que lo han consagrado como uno de los autores más importantes de Egipto, destacan *Otro país* (1991), *En el umbral del placer* (2005) y *Nadie duerme en Alejandría* (1996), novela en la que, a partir de la difícil vida del matrimonio formado por Zahra y Magdeddín, que se ven obligados a abandonar su aldea y trasladarse a Alejandría, coincidiendo con la invasión de Polonia por los nazis, el autor describe con mirada penetrante la vida cotidiana en la ciudad durante los años de la Segunda Guerra Mundial, hasta que también es alcanzada por el furor bélico y comienza a sufrir los despiadados bombardeos de la Luftwaffe y la aviación de Mussolini. Episodios de la guerra en el norte de África hilvanados

con las vidas entrelazadas de musulmanes y coptos, norteños y sureños, hombres y mujeres, enriqueciendo desde dentro la visión de Alejandría de Cavafis, Forster o Durrell. La novela tuvo en Egipto un éxito fulgurante, obtuvo el premio del Salón del Libro de El Cairo en 1996, ha sido llevada al cine y figura en la lista Muse de las 100 mejores novelas de todos los tiempos.

El traductor: Pablo García Suárez es arabista y traductor especializado en textos literarios y periodísticos. Además de su labor como traductor e intérprete jurado, participa como profesor desde hace dos décadas en el Curso de Especialista en Traducción Árabe-Español de la Escuela de Traductores de Toledo (Universidad de Castilla-La Mancha).